

IV.

En que el lector volverá á ver algunos antiguos conocidos, y tendrá que conocer algo de los antiguos mágicos.

HEMOS llegado otra vez á la casa de la Estrella, en Xochimilco, á donde aún vive nuestro antiguo conocido Don Carlos de Arellano; pero no le volvemos á ver jóven, disipado, elegante; ahora los ocho años que han pasado sobre su cabeza le han dado ya el aspecto, no de un hombre de la edad viril, sino casi la apariencia de un viejo.

Don Carlos no tiene aquel bigote fino y atusado; larga y espesa su barba cae sobre su pecho, blanqueada como el escaso pelo de su cabeza por la nieve de los años, y profundas arrugas surcan su frente.

La casa de la Estrella se resiente de esta variacion; los jardines están incultos, la malesa los ha convertido en una especie de bosque, los salones están abandonados, los murciélagos, las palomas, y las golondrinas hacen allí sus nidos, y por las rotas y desencajadas puertas entran la lluvia y el viento, cubriéndose de musgo los pisos.

En los patios dos ó tres viejos criados se ven entrar algunas veces, y han desaparecido ya los escuderos, los palafreneros y los esclavos que como un enjambre de avejas en-

traban y salian todo el dia en las cuadras y en las habitaciones interiores.

Referirémos brevemente la causa de aquella variacion.

El dia siguiente al de la fuga de Luisa con el jardinero Presentacion, Don Carlos de Arellano comenzó á buscarla por todas partes, encontró la horadacion en las tapias del jardin, faltaba el jardinero, y Arellano supo que le habian visto ir una vez á la casa del brujo Ñor Chema.

Quizá Chema podria dar una luz sobre aquélla desaparicion. Arellano ni creia bien á bien en los nahuales ni les tenia miedo; en fin estaba colérico, y no reparaba en lo que el vulgo podia decir al mirarle entrar en la casa de un hechicero.

Don Carlos se dirigió sin temor ni vacilacion á la casa del nahual, y al llegar ya muy cerca le descubrió sentado á la puerta con los pies al sol, y leyendo un grueso libro forrado en pergamino.

La presencia de aquel hombre de quien se contaban tantas consejas, y la soledad en que se encontraba, no dejaron de preocupar al alcalde mayor, pero ya habia emprendido aquello y era fuerza llevarlo adelante. Don Carlos era tenaz en sus empresas, aun en las mas insignificantes.

— Buenas tardes—dijo Don Carlos al viejo.

— Que así se las dé Dios al caballerito—contestó el viejo.

— Vos á lo que parece no me conoceis.

— Solo ahora, y para serviros.

— Soy Don Carlos de Arellano, alcalde mayor de esta ciudad de Xochimilco.

— Por muchos años—dijo el anciano levantándose y saludando.

— Sentaos, que vengo solo á preguntaros de un negocio que me interesa.

— Mande su señoría.

—El vulgo dice que sois hechicero.

—Sabe muy bien su señoría que el vulgo es vulgo, y siempre se engaña.

—Sin embargo—dijo Don Carlos tratando de lucir su erudición—*Vox populi, vox Dei.*

—Es cierto, señor alcalde; pero el vulgo no es el pueblo: el vulgo no es mas que el vulgo.

—Bien, dejemos eso, tengan ó no razon, lo que es cierto es que á consultaros vienen cuando traen alguna empresa entre manos.

—Y crea su señoría que se van lo mismo que han venido.

—Lo que no quita que vos conozcais sus intentos.

—Cierto es eso.

—¿Hace poco os ha venido á ver un natural y á consultaros sobre un proyecto de fuga con una dama principal?

—No, en verdad, que el último que vino trajo por objeto solicitar un remedio para ser querido de las mugeres.

—¿Y se lo dísteis?

—Eso equivaldria á ejercer yo la magia. Preguntóme si el chupamirto serviria para su objeto, y quitémele de encima diciéndole que hiciera lo que quisiese.

—¿Y creéis que lo usaria y que le serviria de algo?

—En cuanto á que ha de haber usado del pajarito lo creo indudable, que el mozo parecia decidido.

—¿Y en cuanto al provecho que de ello le resultaria?

—¿Pregutaisme eso como el señor alcalde?

—No, sino como caballero particular.

—Pues entonces contestaré á su señoría, que si bien es cierto que virtudes raras y maravillosas tiene el chupamirto como otras muchas aves, y esto por la naturaleza, preciso es el auxilio de la ciencia cabalística para que esas virtudes y propiedades se desarrollen.

—¿Conoceis vos esa ciencia?—preguntó con curiosidad Don Carlos, y olvidando en presencia de lo maravilloso que creia descubrir la causa de su visita al viejo.

Ñor Chema vaciló, y por fin no contestó nada.

—Respondedme con franqueza—dijo Don Carlos—que no soy yo capaz de denunciaros, y por el contrario, tanto empeño he tenido desde niño en conocerla y estudiarla, que á ser vos adepto, labrariais á mi lado vuestra suerte.

—Conozco esa ciencia: la desgracia de haber estado preso muchos años en las cárceles secretas del Santo Oficio me ha dado la fortuna de poseer libros y manuscritos preciosos: un desgraciado que murió en las mismas cárceles me confió el secreto del lugar en que él habia ocultado sus libros, llegué á verme libre, y de opulento que entré á la Inquisicion salí miserable y viejo, y desconocido; fuí á buscar aquella herencia de la desgracia, la encontré, y hace algunos años que paso mi vida estudiando las ciencias ocultas, aunque no las practico, y vivo con el poco dinero que encontré junto con los libros.

—¿Y creéis vos en los secretos y en las maravillas de la ciencia cabalística, y de la magia y de la alquimia?

—¿Y cómo no creer en lo que han palpado los hombres, en lo que ha sido ya el fruto de largos siglos de esperiencia y de inmensos tesoros consumidos, para arrancar un secreto á lo desconocido, para tener la gran *clavícula* de Salomon que hace obedecer á los espíritus malignos? ¿Habrán escrito y meditado en vano Alberto de Sanguen, llamado Alberto Magno, y Raymundo Lulio? ¿Ignorais las inmensas riquezas atesoradas, merced á esta ciencia por Nicolás? ¿Los discípulos de Paracelso no han esparcido y predicado en el Occidente estas ideas y estas luces? ¡Oh! la trasmutacion de los metales, en virtud de la alquimia, el descubrimiento de los tesoros ocultos por medio de la ciencia cabalística, la adivinacion del porvenir por

la nigromancia, por la astrología, por quiromancia, por la catoptronomancia, por la theurgía y por otros mil medios, es una cosa indudable para los que, como yo, han logrado conocer libros tan sabios como el «Dragon Rojo.» El sabio doctor Joaquin Tancke ha propuesto ya á las universidades establecer cátedras para comentar y esplicar públicamente las obras de Cebes y Raymundo Lulio. ¿Tanceby, Kirkeby y Ragy no recibieron del rey Enrique VI de Inglaterra en 1440, permiso para fabricar el oro y el elixir de larga vida? ¿No se concedió lo mismo en 1444 á Juan Cobler y á Tomás Fraffard y á Tomás Asheton, y despues á Roberto Bolton y á Juan Metsle agregando en la concesion *que era porque ellos habian encontrado el modo de cambiar indistintamente todos los metales en oro?* ¿Y así quereis que dude de la ciencia? Poco hace hemos sabido que el gran Rodolfo II educado en la Côte de Su Magestad D. Felipe II, y elevado despues á emperador de Alemania, se ha desprendido de los negocios públicos para dedicarse á las ciencias ocultas encerrado en su castillo de Praga, con sus maestros Tycho Brahe y Kepler, el doctor Dee que le abrió el mundo de los espíritus, Miguel Mayer, Martin Ruland y Tadeo de Hayec, que dieron á su sabio emperador el renombre del Hermoso de Alemania, ¿y quereis que aun dude? No: la ciencia es cierta, existe, y en mis preciosos libros y manuscritos puede beberse como en una fuente purísima, como la he bebido yo por tantos años.

El viejo habia hablado como inspirado, y Don Carlos lo habia escuchado con religioso silencio.

—¿Quereis venir á vivir á mi casa y conmigo?—le dijo Arellano—nada os faltará y estudiaremos.

—A pesar de que nada me dicen contra vos ni la ciencia ni el corazon, dejadme pensarlo y mañana os resolveré.

—Bien, mañana en la noche vendré, y entrareis á mi casa sin que nadie os vea, y todo estará ya dispuesto.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Don Carlos se retiró tan preocupado, que en toda la noche no pensó ya en Luisa; dueño de los secretos de la alquimia las reinas buscarian su amor. Aquella noche soñó que tornaba en oro el Popocatepetl y el Iztaccihuatl.

Tres dias despues el viejo Chema desapareció, y su casa se quedó abandonada: unos dijeron que *el maligno* se lo habia llevado una noche, porque habia espirado el plazo del pacto que con él tenia; otros, que la tierra se lo habia tragado por castigo de Dios, y otros que el Santo Oficio lo habia arrebatado secretamente para remover el escándalo: la verdad era que se habia trasladado á la casa de Don Carlos de Arellano.

Desde aquel dia se observó un cambio notable en la casa de Don Carlos, y en la vida de éste; apenas salia á la calle, no montaba ya á caballo, y en las horas mas avanzadas de la noche se observaba luz por las ventanas de su habitacion.

Es que Don Carlos se habia entregado con furor al estudio de la magia, y sin embargo, el vulgo decia «que Dios le habia tocado el corazon, y que se habia metido á santa vida,» y cuando veian la luz en las noches las viejas esclamaban: «Estará resando, Dios le haga un santo.»

Todo esto habia acontecido en la casa de la Estrella durante el tiempo que hemos dejado de ver á Don Carlos.

En el momento en que volvemos á encontrarle, su habitacion presenta un cuadro curioso.

Arellano sentado en un sitial delante de una gran mesa cargada de libros, de frascos y de retortas, escribia en un gran pergamino, y á su lado y como dormitando en otro gran sitial, estaba el viejo Chema con todas las señales de la decrepitud

marcadas en su rostro, en su cuerpo, en sus movimientos y hasta en su voz.

Don Carlos acabó de escribir, dejó la pluma, y levantando el pergamino para poder leerlo mejor y acercándolo á una bujía—dijo:

—Don José.

—Em—contestó el viejo como despertando.

—He terminado ya.

—¿Qué cosa?

—Las fórmulas para llamar á los espíritus consignadas en los antiguos códices de la ciencia.

—¿Haber?

—¿Quereis que os las lea?

—Sí, será bueno.

Don Carlos comenzó su lectura.

Nuestros lectores perdonarán que les copiemos aquí algunas de las antiguas fórmulas que servían para entrar en contratos con el diablo, porque además de ser documentos curiosos, prueban hasta dónde llegaba la ignorancia y la preocupacion en aquellos tiempos.

Ante todo, no podemos resistir al deseo de dar á conocer las grandes potestades infernales y ministros de Lucifer que reconocian los mágicos y los hechiceros, y eran segun ellos:

Lusifuge Rosocale, dueño y dispensador de riquezas y tesoros.

Satanachia, poderoso para someter y disponer de todas las mugeres de la tierra.

Agaliarept, poseedor de todos los secretos y misterios.

Flourey, capaz de construir ó arrazar cualquier cosa, durante una noche.

—Sayatanás, con el poder de trasportar y volver invisible á un hombre, y con las llaves de todas las cerraduras.

Y Neviros, sabio en todas las ciencias naturales.

A toda esta córte ocurrían en aquellos tiempos los hechiceros y encantadores, y pagaban estas imaginarias amistades, muriendo en una hoguera y en medio de los tormentos mas espantosos.

Don Carlos comenzó á leer:

—«LLAMAMIENTO Á LUCIFER. Emperador Lucifer príncipe y amo de los espíritus rebeldes, yo te ruego que abandones tu morada en cualquier parte del mundo que esté para venir á hablarme: te mando y conjuro de parte del Dios vivo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que vengas sin causar ningun mal olor, y me respondas en alta é inteligible voz artículo por artículo, cuanto yo te preguntare; y de no hacerlo así, serás obligado por el poder del grande Adonay, Eloim, Ariel, Jehova, Tagla, Mathon, y todos los otros espíritus superiores á tí, y que te castigarán.»

«Venite, venite.»

—¿Qué os parece?—dijo Don Carlos acabando de leer.

—Muy bien; pero no es ese el pacto sacado de la gran clavicula del sabio rey Salomon.

—No, que aquí le tengo aparte.

—Leedmele.

—Arellano tomó otro pergamino y comenzó á leer.

—«Emperador Lucifer, amo de todos los espíritus rebeldes, yo te ruego que me seas favorable en el llamamiento que hago á tu gran ministro Lucifuge Rosocale, con quien deseo hacer pacto, y te ruego príncipe Belzebú que me protejas en mi empresa, ¡oh conde Astarot! séme propicio, y haz que en esta noche el gran Lucifuge se me aparezca en forma humana sin ningun mal olor, y me conceda por medio del pacto que le ofrezco todas las riquezas que necesito.»

«Gran Lucifuge, abandona te ruego tu morada en cual-

«quier parte adonde esté, si no yo te obligaré por la fuerza
 «del Dios vivo, de su querido Hijo y del Espíritu Santo; obe-
 «dece pronto, ó serás atormentado por la fuerza de las pode-
 «rosas palabras de la gran clavícula de Salomon de la cual se
 «servia él para obligar á los espíritus rebeldes á recibir sus
 «órdenes.»

«Aparece inmediatamente, ó yo voy á atormentarte con la
 «fuerza poderosa de estas palabras de la clavícula: *Agion te-
 «tagran vaycheon stimulamaton y espures reira grammatan orya-
 «ram iriau esytian, existian eryana anera brassim mayna mesria
 «sater Emanuel Sabaot, Adouay, te adora et invoca.»*

—Perfectamente dijo Chema, y volvió á entrar en su esta-
 do de somnolencia.

Don Carlos se puso á estudiar sus invocaciones.

Ni una sílaba hemos querido borrar de las fórmulas, ni de
 la intrincada clavícula de Salomon, para dar una completa idea
 de los conjuros y de los pactos.

Arellano permaneció mucho tiempo entregado á sus estu-
 dios, cuando unos golpes terribles aplicados en el zaguan de
 la casa, le hicieron volver á la vida real.

Se abrió la puerta y Arellano oyó en las baldosas del patio
 el ruido de un caballo herrado y la voz de un hombre que pre-
 guntaba:

—¿Aún no dormiré su señoría, Don Carlos de Arellano?

V.

La compañía del Bachiller Martin Garatuza comienza á tomar cartas en los
 negocios políticos.

MARTIN salió de la casa del Arzobispo y se dirigió á la de
 nuestro viejo conocido Teodoro.

Teodoro libre por la voluntad de Doña Beatriz y rico con
 el dinero de Don José de Abalabide, vivia cerca de la tra-
 za, pero fuera de ella, por el rumbo de San Hipólito, que era
 donde desde el principio comenzaron á fundarse algunas casas
 de campo.

Teodoro vivia completamente tranquilo y tenia ya dos hi-
 jos; nada habia interrumpido por mucho tiempo su quietud y
 le consideraban todos los negros libres como su protector y
 su jefe; allí ocurrían en cualquiera desgracia y estaban segu-
 ros de ser socorridos.

Pero la jente negra que habia libre en la Nueva España era
 muy inquieta y daba constantemente grandes escándalos, te-
 niendo en alarma las ciudades, y por eso el marqués de Gel-
 ves dictó severas providencias contra ellos; desde entonces su
 disgusto fué cada dia en aumento, y todos ocurrían con sus
 quejas á Teodoro. Martin que sabia esto, comprendió que la

conquista del antiguo esclavo de Doña Beatriz era el primero y mas importante de los trabajos que tenia que emprender para conseguir aquella sublevacion que anhelaban el Arzobispo y la Audiencia.

Cuando Garatuza llegó á la casa, Teodoro en el jardin seguido de sus hijitos regaba y componia unas plantas, su muger cosiendo bajo un emparrado les miraba con un placer indecible de cuando en cuando.

Era el cuadro de la felicidad doméstica.

—¡Ola! Don Martin—dijo alegremente Teodoro saliéndole al encuentro y estrechando su mano—¿qué fortuna es veros por acá?

—No tanta, que mi ausencia antes y mi presencia ahora son motivadas por causas harto desagradables.

—¿Pero qué os ha acaecido?

—A mí precisamente, nada; pero los negocios del reino van tan mal.....

—¿Y creéis que seamos nosotros bastante poderosos á impedir que así sigan?

—¿Y por qué no?

—Somos muy débiles y muy pequeños.

—Nadie es débil ni pequeño cuando tiene el corazon grande y la resolucion firme.

—¿Y qué se ganaria con tener eso?

—Friolera, figuraos en el caso presente, con unos cuantos hombres como vos, yo me comprometeria á hacer que se variase el jiro de los negocios, y aun mas si cuento con vos, me comprometo á hacerlo.

—¿Y cómo hariais aun cuando contáseis conmigo?

—Escuchadme. Los negocios públicos van mal, y todos están disgustados: ¿es cierto?

—Verdad.

—Su Magestad, Felipe IV, pudiera cambiar la suerte de estos reinos con solo cambiarnos de virey: ¿es verdad?

—Cabalmente.

—Pero él no quiere y se empeña en sostener aquí al de Gelves, que Dios confunda.

—Y como nosotros nada podemos contra la voluntad del monarca, resulta que no tenemos mas remedio que sufrir.

—Os engañais, todo el mundo dice lo mismo, y sin embargo, nada es menos cierto.

—¿Pues cuál es el remedio?

—Obligemos á Su Magestad á cambiar de virey.

—¿Y cómo?

—Muy sencillamente, promoviendo una sublevacion por cualquiera motivo, todo el mundo nos seguirá y todos estarán con nosotros, desde la Audiencia y el Arzobispo hasta la jente más pobre y mas infeliz.

—¿Y si no nos ayudasen personas de alta categoría?

—Si vos os comprometierais yo os lo aseguraria.

—Si me lo asegurerais yo me comprometiera.

—Pero esto es un círculo vicioso en que no hacemos sino perder el tiempo: mirad, ¿no tendriais inconveniente en ayudarme con todo vuestro influjo entre la jente de color, para una sublevacion contra el de Gelves?

—No, si hubiera personas de respeto mezcladas en el negocio.

—Las hay; vengo de hablar con el señor Arzobispo y con la Audiencia, y ellos mismos me han invitado.

—¿Es verdad, eso?

—Por mi fé de cristiano.

—Entonces contad conmigo: ¿cuál es el plan?

—Preparar á la jente y á los amigos: el Arzobispo y la Audiencia darán el pretesto ó el motivo, principiará el alboroto y adelante; las cosas seguirán solas.

—Me parece muy bien pensado, contad con que os ayudaré.

—Y yo os pondré al corriente de lo que ocurra; entre tanto no hay que dormirse porque tal van los acontecimientos, que el lance puede ser mañana mismo.

—Estaré listo, descuidad.

Martin se retiró contentísimo, y Teodoro en vez de seguir en su trabajo se puso su sombrero y salió también á la calle.

Martin empleó el restó de la tarde en visitar á sus principales compañeros de aventuras y que estaban como en receso á causa de las terribles persecuciones del virey á toda la jente perdida: todos ellos acogieron con entusiasmo la idea de un motin, y cada uno de ellos se convirtió en ajente. La rebelion fermentaba sordamente y no se necesitaba mas que la chispa que encendiera aquel combustible.

Don Melchor Perez de Varais volvió á su casa, y Luisa le esperaba ya con impaciencia.

—¿Hablásteis al Arzobispo del negocio de Sor Blanca?

—La verdad es alma mia, que se me olvidó.

—Pasos llevais de no sacar jamás á esa desgraciada de la cárcel.

—Negocios tan graves tuvimos que tratar que tiempo nos ha faltado, y sin embargo, hay para vos una buena noticia.

—¿Cuál es?

—Sabeis que entre el virey y la Audiencia y el Arzobispo, median grandes y profundos disgustos; que el Arzobispo y la Audiencia tratan de recrudecer para dar motivo con ello á un tumulto.

—¿Y bien?

—Que uno de los pretextos será el de hacer creer al pueblo, que Don Pedro de Mejía ha monopolizado las semillas para ganar á costa de la miseria de la clase pobre: natural-

mente la primera víctima será si hay un motin, Don Pedro de Mejía, y para hacer todo esto mas visible, ya al salir del Arzobispado me ha dicho su Ilustrísima, que se procurará medio de excomulgar á Don Pedro fijando su nombre en las iglesias.

—Muy bien.

—Como sabeis, el virey me persigue por la denuncia que se hizo de mí, imputándome que vendia la justicia en la provincia de Metepec, y luego por esa causa que ha mandado formar para probarle á la Audiencia que no puedo ser Corregidor de México y alcalde mayor de Metepec.

—Temóme, Don Melchor, que si antes de que estalle el motin sois aprisionado, ni se hará nada y vos las pagareis todas.

—Decidido estoy á todo antes que á dejarme prender.

En este momento se presentó el licenciado Vergara, pálido y fatigado.

—Don Melchor—dijo entrando sin saludar á nadie—acaba de proveerse auto en vuestra causa para que seais arraigado y asegurado.

—¿Cómo?—esclamó Don Melchor demudado.

—Tan cierto es que dentro de un momento estarán aquí para notificarnos.

—¿Qué haremos?—dijo Don Melchor.

—Ante todo—contestó él licenciado—importa que no os prendan, porque todo seria perdido.

—Huiré.

—Ya no es tiempo—esclamó el licenciado Vergara—mirad á la justicia que viene.

—Don Melchor—dijo Luisa—oidme; armaos, que se arme también la servidumbre, entrad en una carroza é idos á refugiarse al convento de Santo Domingo que es el mas cercano.

—Bien pensado, bien pensado—dijo vivamente Vergara, pero que sea pronto, he visto allá abajo de la puerta una carroza.

—Voy por mis armas—dijo Don Melchor, y salió por un lado mientras por el otro desapareció Luisa.

Pocos momentos despues Don Melchor con la espada desnuda en una mano y un broquel en la otra y seguido de varios lacayos armados, se precipitó por la escalera que estaba, así como el patio y la calle, invadida por jente de justicia.

Lo menos que esperaban el escribano y los alguaciles era este ataque rudo, de manera que la confusion fué espantosa.

—¡Favor al rey! ¡Favor á la justicia!—gritaba el escribano tratando de animar á su jente.

—¡Favor al rey! ¡Ténganse á la justicia!—gritaban los alguaciles, procurando resistir y detener á Don Melchor.

—¡Atrás la canalla!—decia furioso Don Melchor—¡muera el hereje!

Así llamaban ya al virey por su choque con el Arzobispo.

Los alguaciles retrocedian y Don Melchor llegó así hasta la portezuela de la carroza. El cochero prevenido de antemano, estaba ya listo para marchar; un lacayo abrió el coche y Perez entró á él con tres criados mientras los demás acuchillaban á los alguaciles.

La carroza partió á todo el trote de los caballos, atropellando á cuantos encontró, porque una gran multitud habia llenado la calle atraida por el escándalo.

Don Melchor sin soltar la espada saltó á tierra y se entró apellidando «asilo» al convento de Santo Domingo.

La justicia habia seguido tras de la carroza, pero solo consiguió ver la entrada de Perez al convento.

Inmediatamente se ocurrió á dar parte al virey, sin procurar mas que llevarse á los alguaciles que habian quedado mal parados en el combate.

Dos personas habian presenciado todo desde los corredores de la casa: el Oidor Vergara y Luisa.

—Señora—dijo el Oidor—no os espanteis, que quizá esto será principio de grandes hechos y remedio del reino.

—Señor Oidor—contestó Luisa con una sonrisa burlona—creo que mas susto tiene su señoría que yo: lo que importa es aprovechar esto para llevar adelante vuestros planes.

—Es verdad, pero ahora es necesaria mucha precaucion para hablar al Corregidor, y estando en Santo Domingo creo que para vos será casi imposible: ¿quereis que le envíe algun recado de parte vuestra?

—Os lo agradezco, pero mas desearia ver que tomabais con empeño la causa general del reino, que la de mi marido.

—Voy á dar parte de todo á su señoría Ilustrísima, y veremos lo que se dispone. Estoy á vuestros piés, señora.

—Que Dios lleve al señor Oidor.

El licenciado Vergara se dirigió al Arzobispado, y Luisa quedó pensativa.

—Pobre Sor Blanca, esto viene muy mal para su negocio; mañana le avisaré. En cuanto á Don Melchor, si solo los hombres pueden entrar al convento, no creo que me sea muy difícil parecer hombre..... ya veremos, no será la primera vez.

VI.

Como Luisa dió unas malas noticias á Sor Blanca, y lo que ésta determinó hacer.

A la mañana siguiente Luisa se presentó en el convento de Santa Teresa para hablar con Sor Blanca, y despues de algunas dificultades lo consiguió.

—Sor Blanca—le dijo Luisa—tengo que comunicaros una mala noticia.

Sor Blanca palideció horriblemente. Aquella jóven estaba de tal manera afectada, que todo lo que tuviera relacion con el negocio de su libertad, le hacia un efecto extraordinario.

—¿Y qué noticia es esa?—preguntó, pudiendo hablar apenas.

—Ayer mi esposo Don Melchor Perez de Varais, huyendo de la venganza del virey que le persigue por ser amigo del Arzobispo, ha tenido que tomar asilo en el convento de Santo Domingo.

—¿Y entonces?

—Entonces vos, pobre jóven, quedais por culpa del virey sin protector y sin amparo.

—¿Pero el señor Arzobispo nada hará?

—Oídme, Sor Blanca, no quiero engañaros: es preciso que procureis personas que hablen al Arzobispo, á fin de que pron-

to despache vuestro asunto: van corridos ya siete meses del término dentro del cual puede relajar vuestros votos: en estas turbulencias con el virey es muy fácil que os olvide, y en ese caso ya os podeis suponer lo que será de vos.

Sor Blanca con la cabeza inclinada lloraba.

—Señora—dijo—pero si no tengo mas amparo que Don Melchor, vuestro esposo. Mi hermano Don Pedro de Mejía se opone á que yo salga de aquí; es poderoso, tiene gran influencia con el virey, y si él llegara á saber que el Arzobispo tiene facultades de Su Santidad y que vuestro esposo me ha protegido, seguramente echaria por tierra todos nuestros planes, apoyándose en su valimiento. Esta es, señora, la razon de porque no puedo ocurrir á nadie, y porque temo tanto la publicidad.

—Y teneis razon: ¿qué haremos?

—Es para mí, señora, una sentencia de vida ó de muerte. De cualquier modo, yo saldré de el convento.

Pronunció estas palabras Sor Blanca con tanta exaltacion y demostrando tan terrible fuerza de voluntad, que Luisa misma se admiró, y comprendiendo que la monja tenia ya tomada de tal manera su resolucion, que arrostraria por todo antes que permanecer en el convento.

—Haced lo que mejor os parezca, Sor Blanca—dijo—pero en todo caso os ruego que conteis conmigo.

Luisa se volvió á su casa, y Sor Blanca profundamente preocupada se dirijió á su celda.

—Es necesario—esclamó—es necesario salir de aquí, sí, saldré, y si al fin el Arzobispo relaja estos vínculos que yo por mi voluntad no he formado, mejor, si no, vivirá ignorada, desconocida, pero libre, yo no tengo ya obligacion de estar aquí, el Pontífice ha dicho que si los votos me fueron arrancados por la fuerza y contra mi voluntad, sea yo libre, y nadie mejor

que yo sabe cuánto esfuerzo me ha costado tomar el velo. La condicion del Papa está cumplida, y yo soy libre aunque mil obstáculos se pongan por los hombres: el derecho de salir de aquí me lo da Su Santidad, el verificarlo corre de mi cuenta, y será. Veamos qué tales están mis preparativos.

Sor Blanca cerró por dentro la puerta de su celda, abrió una alacena que estaba embutida en una de las paredes y corrió la última tabla.

Una especie de caja oculta apareció, y Sor Blanca comenzó á sacar de allí algunos objetos.

Todo aquello, el secreto, la caja, la tabla con que se cerraba, lo que allí se contenia, todo era obra de la misma Sor Blanca, fruto de su perseverancia y de su firme resolucion de escapar del convento.

Sor Blanca tomó de entre los objetos que habia sacado del secreto, un espejo. Lo puso encima de su reclinatorio y colocó en frente de él dos bujías de cera.

Se arrodilló enfrente del espejo y comenzó á quitarse la toca. Una maravillosa trasformacion pareció entonces verificarse. De debajo de la toca de la religiosa una negra y rizada cabellera desprendió sus brillantes anillos de ébano, y vino á formar como una cascada que corría por los blancos y torneados hombros de Blanca, por sus espaldas y por su cuello. Aquella no era ya una monja, era una deidad. Mucho tiempo hacia que con un cuidado y una paciencia admirables, Sor Blanca dejaba crecer y cuidaba su hermosa cabellera: era como la esperanza cierta que alimentaba del día de su libertad.

Sor Blanca se despojó despues de los sayales y se vistió un soberbio traje de brocado blanco; cubrió sus manos y su cuello de soberbias alhajas; oprimió sus delicados piés en unos borceguies de tafilete rojo bordado de oro, y sus cabellos en una redecilla de seda y oro, y luego como una niña comenzó

á pasearse gravemente por su celda, procurando mirarse en su pequeño espejo.

Si las otras monjas hubieran logrado verla al través de una cerradura, sin duda que hubieran dicho que un arcángel visitaba por las noches la celda de Sor Blanca.

—Verdaderamente soy hermosa—decia la pobre mirándose en su espejo—¡ay! ¡qué papel tan brillante podria yo hacer en el mundo! ¡Ha de ser tan bello tener un hombre que nos ame, que siempre se esté mirando en nuestros ojos! ¡qué grato será oír en su boca palabras dulces, amorosas, así como dice en el cantar de los cantares, «amada mia!» Jamas he tenido quien me diga «amada mia.» Si este santo deseo es pecado, ¿por qué Dios permite que no se aparte de mí? Además, yo soy libre, el Papa lo manda, y el Papa representa á Jesucristo sobre la tierra. Qué gusto dará oír las once por ejemplo, á esa hora viene el que nos ama, Dios mio, y lo que deberá sentirse al verle llegar: en las noches las músicas, las serenatas, nuestro galan rondando embozado frente á nuestras ventanas, esperando una flor, un suspiro, una palabra. Con qué placer sa le dirá, «yo os amo!» ¡Ah! yo quiero amar á alguno que me ame, aunque sea un esclavo, aunque sea un mendigo, pero no puedo vivir sin amor; aquí mi corazón me quema, me abraza, se me figura que me apasiono de cualquiera que veo dos ó tres veces en el templo, y quisiera hablarle y que me hablara, y cuando deja de venir estoy triste, y luego amo á otro y me sucede lo mismo; y esos hermosos ángeles que están en los cuadros del claustro me parece que me miran algunas veces con aficion, que se animan, y paso delante de ellos muchas veces para verles porque de repente me parece que viven. Uno de los cuadros que representa á Gabriel, lo bajaron de la pared y lo pusieron en el suelo, y en mi delirio creí que era providencial, milagroso, que él mismo se habia

bajado para estar mas cerca de mí, y entonces pasé á su lado, nadie me observaba, me acerqué al cuadro y puse mi boca en los lábios del Arcángel y le besé: yo no comprendo lo que sentí, me pareció que tambien él me habia besado y me puse encendida, y tuve miedo de pasar por allí otra vez, entre tanto me figuré que un jóven que venia á la iglesia veia al coño y me veia á mí, creo que le amé y olvidé á mi Arcángel, pero el jóven no volvió mas. Dios mio, yo necesito salir de aquí porque siento necesidad de amar y de ser amada, es fuerza, y saldré.

Sor Blanca comenzó á quitarse el traje y sus galas, y á guardar todo en el cofrecito en que las tenia ocultas, cuando se oyeron en la puerta cuatro golpecitos seguidos, pero aplicados con suma precaucion. Sor Blanca ocultó apresuradamente todos los objetos, se cubrió con sus tocas y abrió.

— Buenas noches, madrecita—dijo entrando una muger como de treinta años, que por su traje parecia una criada.

— Buenas noches, Felisa—dijo Sor Blanca, volviendo á cerrar por dentro la celda—¿qué te pasa?

— Madrecita, que todo está preparado ya, y esta misma noche nos podemos salir del convento.

— Pero ¿cómo? ¿de qué manera?

— Oígame su reverencia: ya su reverencia sabrá como yo soy hija del tío Nicolás; que el tío Nicolás es cochero del Sr. Arzobispo, que en el Arzobispado vivia yo con mi señor padre, y viniendo días me pretendió uno de los señores colegiales que venian á ver á su Ilustrísima, creo que decia mi señor padre que para que los *desaminaran*, y como yo tuve que decirle que sí, y mi señor padre cayó en la cuenta, dispuso su merced meterme aquí de criada, porque me cojió en mi baul letras del colegial; y cierto y verdad que nos queriamos, pero no pasó de allí. Pues ha de estar su reverencia

para saber que me encajó aquí mi señor padre, como su reverencia recordará, hace mas de cuatro años, y ni mas razon de mi colegial, hasta que hace cosa de ocho días que supo su reverencia que habia sacristan primero nuevo y cátese su reverencia que voy viendo al sacristan nuevo, ¡y que ni mas ni menos que mi colegial! me conoció, me hizo señas, nos hablamos cuando me mandaban las madrecitas á llevar algunas cosas á la Iglesia, y él me dijo:—por qué no te sales y nos vamos, al cabo no eres monja.—y me convenció, y le dije yo que otra criada tambien queria salirse conmigo—no será monja—me preguntó—porque eso es de riesgo—no, le dije—es criada—bueno—me contestó—que salga; pero con la condicion que llegando á la calle, cada uno por su lado, y nosotros no paramos hasta las Chiapas, en donde tengo unos tíos.—Ya tenemos todas las llaves desde aquí hasta la calle, y en desta mañana me dijo—qué esta misma noche á las doce nos esperaba en la Iglesia—conque alistese su reverencia.

—Tengo miedo.

—Tiene miedo, y hace mas de un año que no hace mas que platicarme de salirse de aquí y contarme lo bonito del mundo, ¡vaya esa era buena, que yo me saliera, y se quedara su reverencia! Pues si se desperdicia esta ocasion, no hay otra.

—Dices bien—dijo derrepente Blanca—van á ser las doce, ¿dónde están las llaves?

—Aquí las traigo.

—¿Las conoces y las has probado?

—No tenga vd. cuidado.

—Toma, llévame esta cajita, déjame vestir.

Sor Blanca entregó á Felisa la caja de sus alhajas, y en un instante se vistió una saya y una toca negra de viuda, se cu-

brió con un velo, y ocultó en el secreto de la alacena lo que no pudo llevar.

—Vamos—dijo Sor Blanca.

Felisa caminaba por delante, llevando una linterna y la cajita de las alhajas de la monja, que la seguía temblando.

A cada momento se detenían espantadas y ocultaban la luz. El ruido del viento que movía un cuadro ó una puerta, que arrastraba una hoja ó un papel, les parecía el eco de unos pasos que las seguían; aplicaban el oído á las cerraduras de las celdas, y nada, todo estaba tranquilo.

Atravesaban con precaución los claustros, abrían y volvían á cerrar con cuidado las puertas, y así llegaron hasta la Iglesia.

Santa Teresa no era aun ese templo suntuoso que hoy vemos, era una capilla grande, pero bastante humilde.

Las dos mugeres avanzaron en la nave, y de repente un bulto se encaminó hácia ellas.

Sor Blanca estuvo á punto de gritar, pero Felisa le tapó la boca.

—Es él, no tengais miedo.

—Felisa, Felisa—dijo el hombre que se acercaba.

—Yo soy—contestó la criada.

—¿Vienen las dos?

—Sí.

—Pues vámonos, dejen el farol.

El sacristan tomó de la mano á Felisa, y esta á Sor Blanca, y así, casi entre las tinieblas avanzaron hasta la puerta del templo, el sacristan abrió, y Sor Blanca se encontró en la calle, y sintió el aire de la libertad en su rostro, alzóse el velo para respirar mejor, y lanzó un suspiro que ella misma no sabía si era de pena ó de contento.

Mil pensamientos confusos luchaban en su cerebro, ¿sería este paso el principio de su felicidad ó de su desgracia? ¿ha-

bia hecho bien ó mal? Había momentos en que se arrepentía y momentos en que se sentía mas animada.

Caminaron los tres unidos hasta llegar á la esquina de la calle del Hospicio de San Nicolás, llamada de las Atarazanas.

—Aquí cada uno por su lado—dijo el amante de Felisa.

—Adios—decía la muchacha á Sor Blanca, cuando el sacristan exclamó:

—¡Una ronda, huyamos!

Y echó á huir seguido de su novia, que sin pensarlo siquiera, se llevaba las alhajas de la monja.

Sor Blanca se quedó parada un momento, y luego le faltaron las fuerzas, y se sentó en una puerta.

La ronda oyó el ruido que hacían en la fuga Felisa y su amante, y echó á correr tras ellos, gritándoles: «ténganse á la justicia,» y pasando cerca de Sor Blanca sin mirarla siquiera.

Sor Blanca permaneció allí mucho tiempo, y luego se levantó y tiritando de frio y temblando de miedo, comenzó á caminar procurando alejarse del centro de la ciudad.

La mañana comenzó á aclarar y la primera persona que vió Blanca, fué un muchachito pobre que caminaba descalzo, y envuelto en una pequeña manta.

—Oye, niño—le dijo Blanca—¿á dónde vas?

—A comprar el desayuno para mi padre.

—Díme: ¿qué no conoces ninguna casa por aquí, de señoras solas y que me pudieran recibir?

—Sí—dijo el niño con una viveza encantadora—¿quieres que te lleve en casa de Doña Cleofitas?

—¿Quién es Doña Cleofitas?—preguntó Sor Blanca.

—Una señora pobrecita, muy fea, que vive solita, aquí adelante.

—¿Me recibirá?